

---

## NO HAY TONTOS.

---

No me opongo á que el alma resida en la cabeza como en su propio y natural asiento.

Era preciso que el alma tuviera muy pocos recursos para haber elegido otra habitacion. Solo un alma muy pobre se resignaria á vivir en otra parte del cuerpo.

Reside pues en la cabeza como el cochero en el pescante, como la mirada en los ojos, como la palabra en la lengua.

Además es indudable que el alma reside dentro de la cabeza, porque se la vé detrás de la cara como la luz detrás de un papel transparente.

Pero esto es la regla general.

En una poblacion de doscientas mil almas pronto se echan de ver las excepciones de esa regla.

En Madrid llaman la atencion al momento las gentes que se han echado el alma á la espalda.

La vida es una peregrinacion y esas gentes han comprendido que con el alma á la espalda se anda más camino. Sobre todo se suben las cuestas con más facilidad.

Estas son las gentes felices.

Y en efecto, se anda hoy demasiado de prisa para que se pueda hacer cómodamente el camino con todo el peso en la cabeza.

El alma á la espalda es un medio que facilita todos los movimientos. La agilidad de un hombre que lleva el alma á la espalda es inmensa, porque el alma pesa más de lo que parece.

Para él todos los caminos son practicables, todas las alturas son accesibles.

Es el jugador que siempre gana, el político que nunca pierde, el deudor que nunca paga.

Lleva siempre la cabeza erguida y la risa en los labios.

Hay otros á quienes se les ha caído el alma á los piés.

Estos desgraciados no pueden dar un paso sin pisarse el alma.

Por eso se les vé inmóviles, siempre en el mismo sitio, sin aliento para moverse.

Llevan constantemente la cabeza inclinada, los brazos caídos y los ojos tristes.

Se les conoce por un movimiento de desden,

que consiste en encogerse de hombros, y esa es la expresion con que dan á entender sus opiniones acerca de todas las cosas.

Los primeros son hombres sin conciencia, los segundos sin fé y sin esperanza.

Hay otros á quienes la naturaleza ha concedido el raro privilegio de tener el alma en el corazon.

Estos son los jugadores que siempre pierden, los políticos que nunca ganan, los acreedores que nunca cobran.

Su casa, su bolsillo y sus manos están siempre abiertas.

Estos son los únicos hombres á quienes quitan el sueño las desgracias ajenas.

Cada uno tiene el alma en su almario.

La sabiduría de las naciones ha querido decir con esto que cada uno la lleva donde puede ó donde quiere.

En Madrid las mujeres la llevan generalmente en los ojos, como una mariposa que revolotea dentro de un fanal.

Por eso para fijar un momento la mirada de una mujer, no hay más que echarla flores.

Que el alma de una mujer es una mariposa no tiene duda: siempre acaba por quemarse.

No hay más que ver cómo quiere atraerse todo lo que brilla.

Además, su inconstancia no puede explicarse de otra manera.

Es natural que con el talento suceda lo mismo que con el alma.

Así se vé que ocupa distintas partes del cuerpo, desde las que se dá á conocer y se hace admirar.

Una mujer hermosa tiene el talento en la cara.

¿Cuántas cosas no dicen una frente tersa, una boca pequeña y una barba redonda?

Una mujer graciosa tiene el talento en el aire: en cada uno de sus movimientos hay un mundo de ideas.

¿A quién no le ha hecho pensar muchos días y muchas noches una mejilla sonrosada ó un talle flexible?

Un pianista tiene el talento en la punta de los dedos. Acaso sea la única parte de su cuerpo con que no desatine.

Óidle tocar y óidle hablar y vereis que es muy posible desafine; puede tener la boca del tonto y las manos del genio.

Los oradores tienen por lo comun el talento en la punta de la lengua.

El cocinero es el que ha elegido el sitio más extravagante para colocar su talento.

Sin duda le estorbaba para dedicarse á su ofi-

cio con éxito, y lo ha puesto en el estómago de los demás.

No hay tontos. Hasta ahora ha parecido que los habia porque no se buscaba el talento más que en la cabeza.

Hoy es distinto. Como el talento se puede tener en cualquier parte, es imposible encontrar un hombre que no lo tenga.

Aquí tienen talento los charlatanes y los boleros, por el simple hecho de ser una cosa ú otra.

Estos dos seres tan distintos y tan semejantes prueban que hoy es imposible no tener alguna clase de talento.

Para ser bolero no se necesita más que no ser cojo; pero los cojos de entendimiento pueden ser charlatanes: precisamente ellos son los que más necesitan las *muletillas*.

Hay talentos de tal naturaleza, que excluyen á los demás, ó mejor dicho, rara vez se encuentran dos talentos dentro de una misma persona.

Por eso el comerciante nunca es poeta, ni los astrónomos actores, ni los militares filósofos.

El que reúne todas las cualidades necesarias para una cosa, las tiene naturalmente incompletas para las demás.

Bailar con talento es poco más ó menos hacer

con los piés lo que los charlatanes hacen con las palabras.

Sucede con estas dos clases de talento una cosa singular: todo el mundo los admira y nadie los imita.

El bailarín más consumado no ha conseguido todavía introducir la más ligera variación en el modo de andar ni de moverse, y el hablador más consumado no ha conseguido aún que se introduzcan en el lenguaje lo que podemos llamar las piruetas de las palabras para darse á entender.

Madrid está lleno de talentos.

Desde el cuerpo de baile del último teatro hasta los salones de las Academias, todo es talento.

Aquí se fuma con talento, se viste con talento, se pasea con talento, se come con talento.

Es muy fácil no tener dinero, ni créditos, ni amigos, ni casa, ni vergüenza; pero es imposible no tener alguna clase de talento.

Y se comprende perfectamente que esto suceda en Madrid, donde es preciso tener talento hasta para hacerse los tontos.

Así es como se puede explicar la existencia de tantas celebridades, de tantos géneos y de tantas fortunas. ¿Quién no sabe ya buscarse la vida? ¡Ah si á muchos se la buscara la policía!

Hay, sin embargo, un tonto.

Tonto como las flores que llenan el aire de perfume para que otros lo respiren.

Tonto como la luz que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música que se esparce en el viento para recrear los oídos de la multitud.

Tonto como el cristal que deja ver todo lo que tiene detrás de sí.

Tonto como el agua que riega los campos para que otros recojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

Yo no conozco otro.

Este desgraciado tiene el alma en todas partes, porque su oficio es sentir las penas de los demás.

Y francamente, cuando el ser tonto es tan difícil, bien se puede asegurar que se necesita muchísimo talento para ser tan tonto.

En conclusion: tienen talento hasta los poetas.

---

---

## LA FELICIDAD.

---

Madrid entre otras cosas es un conjunto de trescientas mil personas, que se agitan en continuo y encontrado movimiento buscando la felicidad, buscándola á toda costa.

Ser felices es el resorte oculto que nos mueve, la mano poderosa que nos empuja en todas direcciones, el pensamiento, el deseo y la esperanza que consumen nuestra vida.

Es indudable que todos estamos de acuerdo á lo menos en una cosa: no se puede negar que todos hemos hecho el propósito irrevocable de ser dichosos.

Al llegar aquí, se me ocurre una reflexion capaz de infundir desaliento en el corazón más vigoroso.

Yo digo: seis mil años hace que el hombre empezó á buscar la felicidad, y todavía no la ha encontrado.

Hasta ahora no hemos hecho más que lo que hubiera podido hacer la aguja de un reloj, fatigándose en recorrer la circunferencia de la esfera, empeñada en encontrar el núm. 13.

La felicidad es una especie de lotería á la cual todos ponemos y á ninguno nos cae.

Si la razon sirviera para algo, ya nos hubiera hecho comprender que no hay nada que atormentar tanto como la felicidad que se busca.

Así es que los menos desgraciados son aquellos que tienen bastante valor para no buscarla.

Hé aquí un profundo desatino: los que no son felices es porque se han empeñado en serlo.

O de otra manera: Para ser feliz es preciso no contar con la felicidad que apetecemos.

O más claro: El que se persuade de que no hay felicidad sobre la tierra, ese será el más dichoso de los hombres.

Yo no sé lo que quiere decir felicidad completa, porque la felicidad ó es completa ó no es felicidad.

Equivaldría á decir que noventa y nueve era un ciento incompleto, y yo tengo la íntima convicción de que mientras sea noventa y nueve no puede ser ciento de ninguna manera.

No hay necesidad de recorrer la interminable série de las desdichas humanas para convencerse

de que la felicidad no existe; basta detenerse un momento en esta observacion:

Pocos serán los hombres que una hora al dia por lo menos no se persuadan de que todos los demás hombres son más felices que ellos.

Ahora échese la cuenta.

Puede sacarse en limpio una verdad imposible, y que, sin embargo, no deja de ser cierta, y es como sigue:

Cada hombre es más desgraciado que todos los demás. La universalidad de la envidia da testimonio de ello, desde Cain hasta nuestros dias.

En Madrid especialmente se ha hecho de la felicidad una cosa tan indispensable, que no pensamos más que en ser felices; y para que haya suficiente felicidad para todos, se ha puesto la felicidad en todas partes.

Apenas hay quien no sea feliz por alguna razon más ó ménos plausible.

La mayor desgracia que puede sucederle aquí á un hombre es la pobreza, y para eso tiene la felicidad de San Bernardino.

La mayor desventura que puede ocurrirle aquí á una mujer es ser hermosa y pura, y para eso tiene en su mano la felicidad de la prostitucion.

Aquí se va á la felicidad por todos los caminos,

de lo cual resulta que Madrid es el pueblo más alegre del mundo.

Aquí podemos ser todos dichosos con tanta felicidad, que no hay manera de no serlo.

Para que se me entienda bien, debo repetir que no hay nada que cueste más dolores que la manía de ser dichosos.

Es curioso el espectáculo de trescientas mil personas atormentándose para ser felices.

Por muy estendido que se halle el estudio de la aritmética, hay una cuenta en la cual todo el mundo se equivoca.

Súmense los pesares que nos cuesta el placer más fugitivo, y nos encontraremos siempre con un exceso de desgracia diez veces mayor que la felicidad que hemos alcanzado.

No hay quien dé por un diamante el doble siquiera de lo que vale, y damos por un placer tanta felicidad, que hubiéramos sido por lo menos diez veces felices solo con no adquirirlo.

Esto es tan cierto, que el corazón más rico no puede soportar dos años de placeres sin arruinarse.

Pregúntesele á los testigos que voy á citar, y que es imposible que hayan podido ponerse de acuerdo.

Estos testigos son los hospitales y los palacios.

¡Qué absurda es la verdad algunas veces! Damos la felicidad de todos los momentos por un momento de felicidad: así andamos por el mundo.

Si hubiera un hombre que diera toda su fortuna por una pequeña parte de ella, sería inmediatamente declarado loco por los médicos, por los parientes, por el juez de primera instancia y por todos los vecinos; pero podemos dar la dicha de toda la vida por la dicha de un instante, sin que la ciencia, ni las leyes, ni la familia, ni el público intenten despojarnos del uso de la razón.

Los placeres no son caros por el dinero que cuestan, sino por la felicidad que roban, y los placeres son la felicidad que buscamos.

¿A quién no le ha sucedido alguna vez buscar el sombrero que lleva puesto?

¿Cuántas veces no nos volvemos locos buscando por todas partes un objeto que tenemos en la mano?

Yo he visto buscar su bastón á un hombre que lo llevaba debajo del brazo.

Yo mismo he revuelto muchas veces mis papeles buscando uno que tenia en el bolsillo.

Esto mismo nos pasa con la felicidad.

Cada uno la lleva dentro de sí, y todos nos empeñamos en encontrarla fuera de nosotros mismos.

Yo no sé cómo conciliar estas dos cosas que observo en el hombre.

Para depositar en otro un poco de dinero, nos rodeamos de todas las precauciones.

La felicidad la confiamos al primero que nos sale al encuentro.

Antes de comprar un aderezo la mujer más espléndida averigua su valor, examina su mérito y le disputa duro á duro el precio que tiene señalado en la tarifa del joyista.

Puede ser que por cien reales de diferencia renuncie á la dicha de poseerlo.

Pero cámbiese el joyero en libertino; que el comerciante en joyas se transforme en hombre de mundo; que el precio del aderezo no sean quinientos duros, sino una cita, una conferencia misteriosa, un billete indiscreto; que sea, en fin, la felicidad de toda una familia, y no faltará una mujer por económica que sea, que no la entregue generosamente, deslumbrada por el brillo de las piedras preciosas.

Por todas partes se encuentran en Madrid testimonios vivos de esta verdad.

Hay dos cosas que nos espantarían si tuviéramos tiempo para hacer que nuestras miradas penetrasen al través de la superficie de ese mundo, que da vueltas alrededor de nosotros.

Estas dos cosas son:

La miseria del lujo y las angustias de la felicidad.

Los placeres, esos avaros que nos cobran con tan espantosa usura los fugitivos goces que nos prestan, huyen de nosotros el día en que han conseguido arrebatarlos la última esperanza y la última virtud.

Los placeres, por la fuerza misteriosa de una justicia superior á los hombres; llevan en sí mismos el germen de todas las desgracias.

¿Hay alguna cosa más ingrata que los placeres?

¿Por qué se permite que se dé el nombre de placeres á las cosas que más nos mortifican?

Hay telas que es preciso mirarlas por el revés, para enterarse bien de la habilidad con que están tejidas.

En virtud de este procedimiento, que no puede ser rechazado por el libre exámen, yo exclamo:

¡Qué dichosos deben ser los desgraciados!

¡Qué desgraciados deben ser los dichosos!

Esos desgraciados que pueden tranquilamente entrar dentro de sí mismos, mirarse, por decirlo así, frente á frente y estrecharse las manos con la noble efusion de dos amigos leales, deben ser muy felices.



Esos dichosos que se ven en todas partes, porque quizá no se atreven á entrar dentro de sí mismos, que buscan á los demás por huir de sí propios, que viven sin asilo porque la conciencia les ha cerrado la puerta, deben ser muy desgraciados.

Yo siempre que paró mi atención en este tumulto de seres humanos que se busca por todas partes, que se estrecha entre sí precipitándose unos detrás de otros, siempre en agitación y en movimiento, siempre juntos, llego á creer que cada uno de ellos tiene miedo de quedarse solo.

En las calles, en los teatros, en los paseos, en los cafés y en los salones, y Madrid todo es calles, teatros, paseos, cafés y salones, la multitud se aprieta, se oprime, se agita como si cada uno llegara allí huyendo de un implacable enemigo.

Al que por primera vez se le ofreciera este incesante espectáculo, abriría los ojos lleno de asombro y de compasión.

Pero pronto se pondría en el secreto; pronto caería en la cuenta de que todos acudimos á esa cita perpétua, alegres y dichosos, buscando en los demás una felicidad que no sabemos encontrar en nosotros mismos.

## LA ESPERANZA.

Hay una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas.

Es azul y brilla más que el oro.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva á un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política, que en la religión, lo mismo en la multitud que en el individuo.

Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso.

En la mirada de una mujer hermosa.

Es lo último que se pierde, y se llama esperanza.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad que apetecemos.

Desde que el hombre se presenta en el umbral

de la vida, parece que una voz misteriosa graba en su corazón esta palabra: Espera.

Desde entonces todo es esperar.

El niño espera la juventud, el joven espera la vejez.

El anciano espera la muerte.

La vida no es más que una inmensa antesala.

El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más. Todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operación universal por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular: va desapareciendo conforme se va realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño.

El sueño es la cosa más agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos.

Detrás de la esperanza está el desengaño, como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetece, y nunca falta allí donde terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razón dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fé de los deseos.

Dice un enamorado: «Esa mujer no me quiere, su familia me detesta, sus criados son insensibles, mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme feo siempre que lo miro, mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco.»

Aquí traga una bocanada de humo si está fumando, se pasea si está de pié, ó se muerde los labios si está sentado.

Esta reflexion tan negra, se va azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicacion.

De repente tira el cigarro, ó se sienta ó se levanta.

La accion puede ser una ó varias á la vez, las palabras pueden ser estas ú otras; pero la idea es siempre la misma.

Dice: «Todavía tengo esperanza.»

Si se pudiera leer en el alma de esos enfermos que la muerte ha marcado irrevocablemente, encontraríamos en una página:

«Ya no tengo remedio.»

Y en la siguiente:

«¡Quién sabe!»

Penetrad en el seno de una familia que ha ago-

tado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el día de esta visita domiciliaria.

Por los datos del Almanaque no sería fácil sacar nada en limpio, porque hay días que no se encuentran en ese registro del tiempo.

Días inmensamente largos, sea cualquiera la estación en que se presenten.

Se conocen con el nombre de días sin pan.

Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad.

Salió por la mañana y vuelve á la noche.

Trae... una cosa menos.

No solamente no ha encontrado quien le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza y vuelve sin ella.

La única puerta que se abre delante de él, es la de su casa; los únicos brazos que se le tienden, son los de sus hijos; los únicos labios que le sonríen, son los de la madre de sus hijos.

«Nada» es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que lo rodea.

En ninguna ocasión la palabra *nada* ha significado más.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz dulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza del más débil, la constancia del ser más frágil.

El corazón que resume todos los dolores de la familia es el que va á hablar por la boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fé.

«Dios, dice, nos está probando; pero no nos abandonará.»

Y ese hombre vuelve á tener esperanza y esa familia vuelve á esperar.

La esperanza es el castigo de la razón.

Es esa creencia inagotable que se ríe de las probabilidades, y se mofa de los cálculos y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito y sin estimación; pero no se puede vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide esperanza á la casualidad.

El jugador á la suerte.

Las mujeres la buscan en los espejos.

Los que creen, las reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas, sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella, ó no es esperanza.

Siempre estamos dispuestos á recibirla.

Semejante á las lisonjas, siempre llega á tiempo. Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última, cierra los ojos.

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre y lo adula.

¡Cuántas felicidades nos guarda siempre el día de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en camino.

Solo nos es lícito ser felices esperando serlo.

El que no espera nada, ¿qué es lo que espera en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo: vive.

Y al alma: espera.

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas.

Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que desea ardientemente tener razón.

Un tribunal no es más que una esperanza de la justicia.

La medicina es una esperanza de la salud.

Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos más ó menos confusos, más ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en la superficie de los lagos y se repite en las olas del mar, y se finje en las nubes y se refleja en las montañas, así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan por el original que buscamos, y á cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente exclamando: No era esto lo que buscaba.

Suponed á un hombre enamorado profundamente de una mujer que ha visto en sueños,

(No hay necesidad de suponerlo, porque los hombres no se enamoran de lo que ven, sino de lo que sueñan.)

Este hombre corre el mundo en busca de la realidad de su sueño: cada mujer que encuentra es un retrato de su original, es decir, una esperanza de su deseo.

La primera que distingue, se le presenta de espaldas. Aquel es su aire, aquellos son los movimientos suaves de su cabeza, aquella es.

Se acerca á ella, coje su mano, y cuando va á estrecharla contra su corazón, alza los ojos, y... adios esperanza; no es ella.

Entre la multitud se dibuja un perfil correcto, media sonrisa llena de gracia, una ceja perfecta y un ojo brillante.

Aquella es.

Corre, se acerca, la mira frente á frente, y... adios otra esperanza: tampoco es.

La tercera, la cuarta, la quinta vez sucede lo mismo; otra esperanza desvanecida, y otra y otra.

Así le da una vuelta al mundo, que el mundo es redondo para que el hombre no pueda hacer en él más que dar vueltas, y vuelve al terminar su viaje como si dijéramos al terminar su vida, se-

guro de que no está sobre la tierra la realidad de aquella imágen soñada y querida.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es la prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está como el cielo suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada hácia otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambicion nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

FIN.

## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	v
ADVERTENCIA.....	vii
Las visitas de cumplimiento.....	1
El pensamiento libre.....	9
La luz.....	21
El público.....	31
Cuatro paseos.....	39
Febrero.—Abril.—El agua.—Los aguadores.	47
Aire.....	55
La guerra.....	61
Mañana.....	67
El nombre.....	75
Curiosidad.....	85
La Semana Santa.....	97
El crédito.....	112
Un viaje barato.....	129
La fortuna.....	135

	<u>Páginas.</u>
Dos de Noviembre.....	143
Un artículo.....	151
Pensamientos de verano.....	161
Los niños.....	169
De todo un poco.....	171
Las mujeres y las noches.....	179
Vamos andando.....	187
Pintura, escultura y arquitectura.....	201
El día de los Reyes.....	215
No hay tontos.....	223
La felicidad.....	231
La esperanza.....	239

El pueblo.....	31
Castro pasco.....	33
Febrero — Abril — El agua — Las aguadoras.....	47
Arte.....	53
La guerra.....	61
Mañana.....	67
El nombre.....	73
Christides.....	83
La semana Santa.....	97
El crédito.....	112
Un viaje barato.....	129
La fortuna.....	133



[Blank white paper label]

01